

## LA ENFERMERA

Parece que te veo, Elián, hijo de las mesetas, jugando mundiales de la mancha con tus hermanas, dejándote atrapar para que te abracen. Bajando de los cerros en tu trineo dorado, decorado con lupinos y rosas blancas. Cruzando puentes colgantes en sandalias, desafiando al peligro. Del tendal robaste una sábana, y con la sábana te armaste un vestido al cuerpo. Después, como en un encanto, la corona de margaritas sobre tu cabeza amarilla bañada de rulos y el baile en puntas de pie. Tus pequeñas caderas como un bosque de lengas y ñires sacudidas con devoción sobre la tierra brava, y por último el rubor de tu madre colocado con torpeza dulce sobre tu rostro, a escondidas, en el baño. Elián, tu cuerpo de codorniz fue siempre una quimera endeble. El viento te arrastraba como a los coirones. Raspado y roto venías a mi encuentro. Te cubrí muchas veces las heridas con paños húmedos. Te llené la boca de medicamentos, te abrí la cama para que a la rastra vayas al baño y a la rastra te vuelvas a acostar, soñando con tu futuro de tules y hechizos. A mi propio riesgo, consentí tu corazón para que recuerdes siempre mi nombre y la sonrisa de esta negra que te adoraba como se adora a una estancia fabulosa.